

## BIBLIOGRAFIA

JULIO CARO BAROJA. *Vasconiana (De Historia y Etnología)*. Madrid. Minotauro, 1957.

"Tras varios años de eclipse de las actividades vascológicas (lingüísticas y etnográficas) —son las primeras palabras del autor—, me ha venido a preocupar como tema insistente el de la Historia del país y del pueblo vasco; me ha interesado también el compararla con la Historia de otros países y pueblos de España y Europa." El primer fruto de esta preocupación son los tres estudios reunidos en este libro, dedicados a tres temas que en su diversidad constituyen tres aspectos de la historia de una misma compleja realidad: "el pueblo vasco, entidad rara de Europa".

La ocasión para el primero, "Linajes y bandos", ha sido la nueva edición de **Bienandanzas e Fortunas** por el señor Rodríguez Herrero. Es una especie de introducción interpretativa a lo que tantas veces ha sido descrito como una mera sucesión de episodios sangrientos. Las luchas de bandos aparecen situadas aquí en el marco en que nacieron y llegaron a su culminación y se consideran las modificaciones de la estructura social que las llevaron a una larga decadencia y a la extinción, o mejor a la transformación en algo muy distinto de lo que fueron.

"Una vieja ciudad: Vitoria", constituye un brillante comentario de unas palabras de Víctor Hugo, quien en cierta ocasión la citó como un modelo de población gótica. Estas palabras, dicho sea de paso, se me quedaron muy grabadas y fueron la causa de una gran desilusión la primera vez que visité esa ciudad. Pero el señor Caro Baroja muestra claramente que se puede cambiar el contenido sin cambiar el continente y que la capital alavesa ha conservado mucho de su forma primitiva a pesar de los cambios de la materia y de las sucesivas ampliaciones que aquí se estudian en orden cronológico.

En el tercero, "La tradición técnica del pueblo vasco, o una interpretación ecológica de su historia", se dibuja con rapidez y seguridad la historia de las construcciones navales y de la industria siderúrgica entre nosotros hasta la revolución industrial del siglo pasado.

No necesitamos hablar de las cualidades formales de la obra, porque el nombre del autor es garantía más que suficiente. Pero sí queremos subrayar que esta obra del señor Caro Baroja no es en modo alguno el estudio de un pasado muerto. Muy lejos de esto, todo está proyectado aquí sobre la realidad actual. Puede decirse que la lucha entre renovación y conservación y su posible compatibilidad, problema



siempre real pero planteado hoy entre nosotros con angustiosa gravedad, constituyen el núcleo del libro. Esta preocupación ha estado siempre presente en el autor, pero nunca, a lo que creo, se ha manifestado de manera tan precisa. Por ello, en mi opinión, este libro debería ser leído y meditado aun por aquellos que no tienen por costumbre dedicar su atención a consideraciones históricas.

Este es sin duda "el fuerte nexo interno" con que el autor ha querido trazar estos tres estudios independientes y no cabe tampoco dudar de que servirán, según sus deseos, para que esta pequeña comunidad europea pueda comparar su ser y su historia con la de otras. Y esperamos llenos de confianza que este volumen será sólo el primero de una serie. No por exclusivismo, sino porque la vascología anda siempre escasa de cultivadores, sobre todo de cultivadores —y decimos esto como simple **statement of fact**— del género del señor Caro Baroja.

El libro tiene una buena presentación con dibujos del autor. Alguna vez parece haber alguna confusión en los números de las notas.

L. M.

*MANUEL DE LECUONA. Berrospe. Salamanca, 1957.*

Manuel de Lecuona es un lince en materia de descubrimientos. Donde se ha ejercitado esa su rara cualidad ha sido preferentemente en el terreno artístico, ya que a él se debe el hallazgo de dos Grecos en Guipúzcoa, uno de los cuales había pasado inadvertido a los ojos expertos de Zuloaga. Pero acostumbra ejercitar también su agudeza en materia histórica, y este es el caso del actual libro en que aparece patente que lo que a primera vista no pasa de ser una de tantas casonas de nuestra tierra, es, sobre todo en su parte baja, el basamento de una auténtica casa-torre, restaurada como él sabe hacerlo, por ese mago de las restauraciones que es Joaquín de Irizar. Claro está que todo eso más tiene que ver con el arte que con la historia; pero ésta queda entañada dentro del problema. Además de eso, Lecuona ha recogido cuanto se ha escrito sobre Berrospe y sobre los Berrospe, sea historia o tradición, y lo ofrece al lector a través de agudas interpretaciones.

F. A.

*PEDRO DE LETURIA, S. I. Estudios Ignacianos... Roma, 1957.*

Cuanto más tiempo pase, más se ha de echar de menos la presencia del P. Leturia en los estudios ignacianos. No es que haya realizado hallazgos que a estas alturas nadie puede pretender realizarlos. Pero un raro complejo de sagacidad y buen decir, que se traduce en certero enfoque crítico y de buen arte de exposición, son las cualidades más recomendables en el historiador. Si a ello se añade una objetividad insobornable, don que también poseía el finado, se habrá llegado a obtener el perfecto historiador.

Por eso ha hecho bien el Padre Iparraguirre, muy bien conceptuado él también dentro de la historiografía ignaciana, en reunir en dos nutridos volúmenes varios estudios de Leturia que se hallaban dispersos en publicaciones heterogéneas y que eran difícilmente consultables. Ahí están ahora a disposición de los estudiosos, quienes además serán



neficiados de una especie de "puesta al día" de algunas de las materias, gracias a la laboriosidad del afortunado escoliasta.

No en calidad de reparo, sino de puntualización, creo oportuno decir que me sorprende que la edición de Henao, hecha por Eusebio López, de Tolosa, se cite siempre como de Henao-Villalta, cuando todos sabemos que Villalta fué un mero corrector de pruebas. Más exacto es citarla como de Henao-Arana, autor éste que aparece ya en la portada del último volumen bajo la sigla A. Pero esto no es, ni podía ser, de iniciativa del revisor de estos Estudios Ignacianos.

F. A.

R. P. GONZALO DIEZ MELCON, AGUSTINO RECOLETO. *Apellidos castellano - leoneses (siglos IX - XIII, ambos inclusive)*. Universidad de Granada, 1957.

Sería difícil exagerar el valor de la contribución del P. Díez Melcón a los estudios de antroponimia española con esta tesis doctoral dirigida por el profesor Alvar. Para apreciar las dificultades que ha tenido que afrontar el autor, basta con mencionar que en la zona por él estudiada hay que citar como obras de conjunto las de Godoy Alcántara y A. de los Ríos, premiados en el siglo pasado por la Real Academia Española. Sin tratar de disminuir sus méritos, es evidente que la situación es mucho mejor, sin ir más lejos, en el dominio catalán y sobre todo en el gallego-portugués.

El P. Díez Melcón ha pensado acertadamente que las conclusiones a que puede llegar un estudio sobre un campo tan poco trabajado por sus predecesores no pueden pretender validez si no se apoyan en una base documental lo más amplia posible. Y la ha buscado, sin ahorrarse trabajos, aunque por razones evidentes se haya limitado a los documentos publicados. Como él mismo escribe en la pág. 11: "La comparación y estudio de los distintos Cartularios, creo nos llevarán a formarnos una idea bastante exacta de la Onomástica medieval y de su desarrollo. Me parece que los 4.064 documentos leídos, con un total de casi 25.500 apellidos, son fundamentos suficientemente sólidos para levantar el edificio onomástico y poder sacar valiosas conclusiones."

Señalaremos, en cuanto a la estructuración del libro, que el autor tras un capítulo preliminar en que se resumen y discuten hechos y teorías acerca del origen de los apellidos, estudia éstos tanto en cuanto a su origen (latino, germánico, árabe y vasco) como en cuanto a su naturaleza (los tomados por aposición de un antropónimo, los patronímicos, los que indican procedencia, nombres de títulos, cargos u oficios, los que constituían originariamente sobrenombres, etc.). Por otra parte, el libro contiene, aparte de una abundante bibliografía y de índices muy completos, cómodos resúmenes y estadísticas en que los datos numéricos están clasificados por siglos y cartularios. Añadiré finalmente que las estadísticas han sido hábilmente presentadas además en numerosas mapas y gráficos.

Después de indicar la alta calidad de este libro y su importancia para cualquier estudio de antroponimia peninsular, voy a tocar algunos detalles, que en la obra que comentamos son marginales, relacionados de cerca o de lejos con la lengua vasca.



El autor ha expresado claramente que ha considerado la materia desde un punto de vista lingüístico, y más precisamente etimológico: "enfocado el presente trabajo etimológicamente, prescindiendo de la parte histórica" (p. 13), esto es, del aspecto genealógico y heráldico de los apellidos. Tratándose, pues, de etimología, y más de etimología de nombres propios, hay que admitir siempre un elevado coeficiente de inseguridad. Y adviértase que no excluyo de las opiniones inseguras alguna que el autor ha recogido y que hoy preferiría no haber propuesto o defendido. Pero, para hacer justicia al autor, no debo dejar de señalar que por lo general ha mostrado la más laudable inclinación a practicar la **epokhé** escéptica y ha tenido buen cuidado de distinguir lo generalmente admitido —aunque no por ello necesariamente cierto— de lo que es objeto de discusión, y a menudo no pasa de manifestar sus preferencias por una u otra de las opiniones en litigio tras haber considerado detenidamente las distintas posiciones y los distintos argumentos.

Al clasificar los apellidos por su origen el autor se ha visto obligado a encasillarlos en alguna parte: al menos, eso es lo que me ocurrió a mí en cierto libro donde, al tratar de agrupar los apellidos con arreglo a los elementos que entran en su formación, clasifiqué bastantes un poco al azar, porque quería mencionarlos y no tenía honradamente ninguna idea aceptable en cuanto a su etimología. De los que el P. Díez Melcón considera como vascos (págs. 121-127), me parece dudoso que tal sea el origen en buena parte, exceptuando naturalmente algunos como **Ochoa** y apodos como **Balza** o **Zuria**. Exceptúo también a **Arazuri**, pues nos consta que **Petrus de Arazuri** era navarro y su apellido indica procedencia, como también **Arçamendi**, que sería alavés.

Incluso en casos como **Eita (Aita)**, etc. y **Annaya**, es cierto que coinciden con vasc. **aíta** "padre" y **anaie, anaia** "hermano" y casi puede excluirse toda duda a este respecto. Pero, ¿no pudieron tener mayor extensión en las lenguas de la Península en época más antigua? Los dos en todo caso, como **ama** "madre" que también aparece en la antroponimia medieval española con alguna difusión, están fuera del "sistema" de los nombres vascos de parentesco, donde tan frecuente es el sufijo **-ba: a(h)izpa, alaba, iloba, izeba, osaba**, etc.

En cuanto a **García**, no creo que tenga nada que ver con vasc. **(h)ariz** "oso". El autor me atribuye otra cosa, pero sin duda la culpa es mía, pues más de una vez he tratado de ocultar con una concisión sibilina la inseguridad de mis opiniones.

En **Larristar (Ral(l)istar, Raristar** parecen variantes de un mismo apellido) habría que advertir que, si es efectivamente de origen vasco, su primer elemento, formado o no con **larre**, sería un nombre de lugar, pues vasc. **-(t)ar** se une preferentemente a ellos. Por lo que respecta a **Vitako, -ko**, de ser de origen vasco, tendría que tener valor de diminutivo, etc. No puede ser un genitivo, pues vasc. **-ko** (indet. **-tako**, pl. **-etako**) se emplea exclusivamente con nombres de "género inanimado": **otsoko** "de(l) lobo" es algo imposible en todas las variedades vascas conocidas, mientras que **otsoko** "lobezno" está bien atestiguado, lo mismo que **astoko** "borriquillo", **mandako** "muleto", **xamalko** "caballito", etc.

Al hablar de las diversas hipótesis acerca del origen de los patronímicos españoles en **-az, -ez**, etc., se hubiera podido señalar que el **-qum** ibérico o mejor celtibérico de que habla Schuchardt (p. 132) no es sin



duda otra cosa que un gen. de pl. indoeuropeo de nombres en **-ko**, y no tiene por tanto nada de específicamente ibérico.

El problema de **Orti** y **Ortiz** me sigue pareciendo oscuro después de leer lo que sobre él dice el P. Díez Melcón. Suponiendo que proceda de Francia (págs. 158-159), cómo se explica su **-i** que además a juzgar por varios indicios llevaba el acento? No veo manera de explicar su forma a partir de **Fortis** con una evolución romance normal, y menos si suponemos que el romance es francés. En cuanto a su origen vasco, en el sentido limitado de nombre de cualquier origen que debe su forma precisa a una evolución vasca, sigo sin encontrar dificultades insuperables. Los nombres latinos en **-ius** han sido adaptados con la terminación **-i**; **n** intervocálica ha caído normalmente en vascuence: no sería difícil ejemplificar ambas afirmaciones con varias docenas de ejemplos. Eh cierto que los nombres vascos que según las mayores probabilidades terminaban antiguamente en **-uni**, terminan hoy en **-ui(n)**: **suhí**, **su(i)ñ** de **\*suni** "yerno", **(h)iguin**, **igui** "odio, repugnancia" de **\*(h)iguni**, etc. Pero el caso de **Orti** es distinto, por tratarse de un nombre propio, y no hay que olvidar que éste iba frecuentemente en posición proclítica (cf. **Per**, **Ruy**, etc.). También la diferencia en la inicial es explicable, pues hay ejemplos de caída de **h**- ante **o**, y la aspiración no era ya conocida en la mayor parte de las hablas vascas de la Navarra Alta en la Edad Media. Por lo tanto, el problema es a mi juicio más histórico que lingüístico: se trata de saber si, prescindiendo de la etimología, hay razones para suponer que este nombre se difundió desde Vasconia o fué aquí una importación. Por hoy no veo razones para no sostener la primera alternativa.

Un problema de mayor alcance es el del origen de las declinaciones en **-o**, gen. **-onis** (y **-a**, **-anis** en **Garsea**, **Garseanis**) que el autor, siguiendo al señor Alvar, declara sin más de origen germánico (p. 75 ss.). Ya he señalado varias veces (**Pirineos** 10, 443 s. y ahora **Emerita** 25 (1957), 134 ss.) que, por lo que respecta a Navarra y Aragón, tal declinación tiene un modelo mucho más inmediato en la declinación que encontramos en las inscripciones aquitanas de época romana. No se trata en realidad de ninguna idea mía, pues no he hecho más que recoger lo que sobre ello escribió D. J. Caro Baroja, **Materiales**, 205 ss., y veo que un historiador como D. Ildefonso Gurruchaga ha llegado independientemente a la misma conclusión (**Boletín Americano del Instituto de Estudios Vascos**, 7, 99, n. 18). Se trata de un paralelo preciso en una comarca próxima en el espacio y en época no muy alejada.

En otro orden de cosas, me inclino a discrepar de la interpretación propuesta en la pág. 40 para "ego et pater nostre... edificabimus" en documento de Oña. Es mucho más sencillo y satisfactorio suponer que **Kardellus** y su difunto padre ("filius condam patris mei Valeri") **edificaron** el monasterio en terreno de su propiedad. La confusión de **-b** y **-v** (**-u**) nada tiene de sorprendente, pues según la estadística de R. L. Politzer ("On the Development of Latin Stops in Aragonese", **Word** 10, 60 ss.), basada en los documentos que figuran en la 3.<sup>a</sup> ed. de R. Menéndez Pidal, **Orígenes del Español**, el número de casos de empleo incorrecto de **b** por **v** es entre vocales aproximadamente igual al de ejemplos de empleo correcto de **v**, tanto en documentos leoneses como en castellanos (48 por 100 en unos y otros). El ejemplo **transibit** (**Oríg.** 36, lin. 6) por **transivit** corresponde exactamente a **edificabimus** por **-avimus**.

Hechas estas observaciones marginales, entresacadas de las muchas a que da pie la riqueza del contenido del libro del P. Díez Melcón, sólo me resta encarecer una vez más la solidez de su documentación y su bien trabajada elaboración. Será, no es necesario repetirlo, de consulta obligada durante muchos años para todos los que entre nosotros se interesen de una u otra manera por estos estudios. Y es un placer para mí señalar a todos ellos la publicación de esta importante obra.

L. M.

ONOFRE MASSE. *Histoire et initiation a la tauromachie*, seguido de *LA TAUROMACHIE AU PAIS BASQUE*. Litografía Miguel Alvarez Iraola. San Sebastián.

Que nadie se escandalice de ver en las ultraserias páginas de nuestra revista, una mención a las páginas que el excelente aficionado don Onofre Massé dedica a la tauromaquia en el País Vasco. Se trata de un ameno añadido a una conferencia pronunciada por el competente taurino en el Círculo Francés de San Sebastián.

Una eruditísima excursión por los campos de la historia del toreo en nuestra tierra, inmemorialmente aficionada a recortar con garbo, a cuerpo limpio, o a lo más "chapela" en mano a modo de brevísima muleta, a los astados que acometían. Onofre Massé se extiende con mucha copia de datos en su demostración de las pruebas que acreditan la antigüedad de las aficiones taurinas de Vasconia, antes de llegar a su catálogo de modernos diestros vascos que se extiende desde don Luis Mazantini y Eguía, distinguido hijo de Elgóibar, hasta el baracaldés Chacarte y el donostiarra Recondo.

También hay en el folleto que nos ocupa datos referentes a las ganaderías vascas. Onofre Massé anota el curioso detalle del origen de la ganadería de Lástur. Un toro, escapado de un encierro, que huyó a los montes detrás del Izarraitz y allí cubrió las vacas que pastaban, las montaraces "lar-beiak" típicas de aquellos abruptos parajes.

J. A.

VICTOR FAIREN. *Facerías internacionales pirenaicas*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1956.

"Las facerías internacionales pirenaicas —escribe el autor en la introducción— son fenómenos poco conocidos en cuanto a su estado actual. Quizá la gran cantidad de materiales históricos que, malgrado los estragos del tiempo y de los hombres, aún restan como testimonio de su antiguo esplendor... ha oscurecido las perspectivas actuales... Quizá radique aquí una de las causas por las que el estudio de las facerías pirenaicas ha sido abordado generalmente por historiadores. No hay duda de que su labor ha sido en ocasiones de gran profundidad y brillantez...; pero sus enfoques, forzosamente, han dejado de lado, o bien solamente desflorado, los problemas suscitados por las regulaciones jurídicas vigentes de los fenómenos —los Tratados de Límites franco-españoles concertados en el segundo tercio del siglo XIX predominantemente— y por la observancia práctica de tales regulaciones en la actualidad".



El señor Fairen ha querido hacer en este libro una descripción de la facería actual, no un estudio de sus antecedentes históricos y de su pasado esplendor. Los datos para la "instantánea" del estado actual de las facerías han sido obtenidos mediante una encuesta patrocinada y publicada por el Instituto de Estudios Políticos.

De sus resultados es el fruto este libro de 441 págs., con 17 apéndices en que se publican documentos y cuestionarios y 13 láminas con mapas y fotografías. No nos hemos propuesto en esta nota hacer su reseña crítica, ya que no tenemos competencia alguna para ello, sino señalarlo a la atención de las personas interesadas en estas cuestiones. La importancia de este libro es evidente hasta para el profano.

L. M.